

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR A LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE LA ORUGA Y LA MARIPOSA

GIACOMO BECATTINI*

Università degli Studi. Florencia

Todo historiador debe tener un territorio propio, una ciudad elegida, un observatorio privilegiado, perfectamente conocido, desde el cual tratar de ver mejor los destinos del mundo.

Fernand Braudel

Este libro no constituye, hablando con exactitud, un intento de ofrecer una meticulosa reconstrucción histórica de los hechos acaecidos en la ciudad toscana de Prato en el período 1954-1993, ni tampoco un minucioso estudio económico de los mismos. En realidad pretende ser algo diferente; algo que, situado a mitad de camino —por así decirlo— entre

ambas opciones, hemos dado en denominar *interpretación*.

La idea que lo inspira no surgió poco antes de su inicio; por el contrario, se fue formando lentamente, durante dieciocho largos años de observación e investigación, y, a pesar de todo el tiempo transcurrido, hemos de manifestar que se nos antoja hoy mucho más clara: se trata, concretamente, de la idea, llamémosla «marshalliana», de un análisis socioeconómico que no se limita únicamente al examen de aquellas relaciones objetivamente definibles y mensurables, sino que también busca respuestas a sus interrogantes en el delicado terreno de los juicios e impresiones de los propios protagonistas en carne y hueso. Por ilustrar de algún modo tal proceder, sería

como si el entomólogo dialogase, tomándoselo en serio, con los insectos que estudia.

Naturalmente, ese recurso a la opinión de los personajes en carne y hueso puede también efectuarse de manera sistemática y «rigurosa», aunque para hacerlo resulta necesario sobre todo tener una idea clara del universo estadístico relevante, de la muestra apropiada y de las preguntas que se deben formular. Es preciso, pues, contar con alguna hipótesis definida acerca de los vínculos esenciales entre los fenómenos objeto de reconocimiento.

En este sentido, cabe preguntarse cuáles eran los supuestos de partida planteados por la cultura económica dominante en 1979, cuando comenzó la in-

vestigación sobre el área de Prato. Ante todo, estaba la idea de que un proceso productivo —en el caso que nos ocupa, la actividad textil— atomizado en una multiplicidad de minúsculas empresas no tenía, a fin de cuentas, ninguna posibilidad en comparación con procesos centralizados, con empresas cada vez más grandes e integradas, mejor preparadas frente al sistema crediticio y a los mecanismos de distribución, y mayormente capaces de desarrollar innovaciones tecnológicas y de aprovechar sus frutos.

Ninguno de los agentes económicos pratenses de la época tuvo la audacia de contradecir abiertamente dicha tesis, emanada directamente de un *corpus* de teoría económica aceptado básicamente y sin excepción por las principales escuelas de economía, desde la neoclásica a la marxista. Sin embargo, había algo, en ese argumento, que no encajaba con la terca realidad: a ese «diagnóstico científico», infiltrado en el sentido común, de ningún modo se ajustaba el pragmatismo inherente a la conducta, no de unos cuantos individuos extravagantes, sino de un considerable número de pequeños operadores, a la vez que de —aunque veladamente— políticos y sindicalistas (por no mencionar al gobierno municipal). La manifiesta discrepancia entre aquello que se decía y lo que en verdad se hacía después planteaba algunos problemas a los estudiosos: ¿cuál era la teoría implícita en el comportamiento visible de los pratenses? Y, sobre la base de la evidencia disponible, ¿qué implicaciones traía consigo?

EL «ANÓNIMO 54» †

A la hora de emprender la búsqueda de respuestas a tales cuestiones, la pista nos la proporcionó —a mis colaboradores y a mí— un documento extraordinario, el informe de un dirigente comunista sobre la situación económica, social y política de Prato en 1954. En ese documento (que en el libro aparece bajo el título de «Anónimo 54») discurrían paralelamente, podríamos decir, dos diferentes visiones: en primer lugar, la visión tradicional del capitalismo la cual, por ejemplo, achacaba a la figura del *imprenditore* —agente intermediario del sector textil que, como podrá comprobarse, constituye la base de la situación descrita— su carencia de una organización productiva estable (la fábrica!), contraviniendo de esa manera los preceptos de la teoría económica (con sus postulados acerca de las economías de escala) y la teoría política (con su estructura de clases); y en segundo lugar, una adhesión instintiva —escasamente argumentada, pero intensamente vivida por nuestro Anónimo, y ciertamente «llamativa» para el lector— a un modelo de empresariado genuino, aventurero, creativo, que hacía de Prato un lugar en el que, después de todo, resultaba agradable residir.

A nuestro entender, comparando ese tradicional esquema de análisis socioeconómico con las circunstancias efectivas por las que atravesó, más o menos simultáneamente, la industria pratense durante aquel período, se puede llegar a la conclusión de que mientras el primero, con todas sus simplicidades, contradicciones y desatinos, agotaba el sentido de la existencia. Las segundas tan sólo representaban, de alguno de los múltiples modos posibles, unos pocos «síntomas» de una fenomenología enormemente compleja.

Lo que cabía deducir a partir de tales indicios y del mencionado documento era que la clásica teoría económica de la empresa, con su «principio de asimetría» —según el cual todo lo que es posible para la pequeña empresa lo es también para la grande, pero no al revés— nos colocaba en una senda equivocada, alejándonos de la vida real e interponiendo entre nosotros y los ambientes que estábamos observando una artificiosa barrera. Es cierto que muchos instrumentos específicos del análisis económico seguían siendo útiles, es más, esenciales, para nuestro trabajo —por otra parte, ¿cómo habríamos podido prescindir de ellos?—, pero la visión general del proceso de industrialización que nos sugería la teoría económica dominante nos parecía, francamente, una auténtica camisa de fuerza.

HE AQUÍ LOS VALIENTES †

Así pues, en la práctica, nos movíamos en un terreno desconocido, en el que —tanto para detectar las señales objetivas, cuantificables o no, de las transformaciones en curso, como para escrutar, apartando el grano de la paja, las percepciones subjetivas sobre los diferentes fenómenos (y sus correspondientes interpretaciones) experimentadas por los protagonistas en carne y hueso— la teoría económica existente solamente podría habernos prestado una modesta ayuda, y en el cual se hacía necesario contar al mismo tiempo, y antes que nada —siempre que fuera posible— con nuestra perspicacia y nuestro anhelo de rigor científico.

En otras palabras, se trataba de establecer desde el principio —estructurando e interpretando una multiplicidad de hechos (económicos, políticos, culturales, etc.) aparentemente inconexos, o relacionados entre sí de un modo que estimábamos poco convincente — una nueva clave de lectura de los fenómenos que estábamos investigando.

La hipótesis de partida adoptada, aun sin ser plenamente conscientes de ello, era que el cúmulo de acontecimientos observados no constituía la accidental conjunción, en un área bien delimitada (la cuenca del río Bisenzio), de los efectos asociados a procesos de índole general («racionales» o «econó-

micos») y de alcance mundial, como es el caso de la acumulación capitalista, sino la manifestación de un proceso de desarrollo peculiar —dando por descontado, obviamente, su acoplamiento a las pautas universales y al contexto externo— revelador de la «metamorfosis de un cuerpo social determinado».

La percepción de estar ante un conjunto de fenómenos sociales que «formaban un sistema» y que, no viéndose sometidos a «perturbaciones intempestivas», se reproducían en el tiempo —por lo que se podía afirmar que se estudiaba algo que, aun inmerso en el cambio continuo, conservaba su identidad— era el principal factor de divergencia —como después pudimos comprender— de nuestro trabajo con respecto a la teoría económica entonces y ahora hegemónica. Así, frente a la idea dominante de la presencia «en cualquier área dada» de un patrón de desarrollo esencialmente «global», nosotros postulábamos la existencia de «cosas», y más concretamente de lugares (por ej., Prato) y poblaciones (por ej. los pratenses), «cuya» transformación podía entrañar un notable significado.

Somos conscientes de que nuestro enfoque contenía, y contiene aún, muchos aspectos discutibles, y de que la interpretación de lo ocurrido en Prato probablemente podría haber sido distinta. Incluso muy diferente.

El valor del cambio de paradigma aquí señalado, como luego pudimos advertir, era doble: por un lado, permitía añadir a la interpretación ordinaria y dominante, que contemplaba la industrialización como el desarrollo paralelo de múltiples «sectores industriales» (textil, siderúrgico, mecánico, etc.), una lectura «nueva» que, sin refutar la precedente, replantease esa misma agrupación de procesos manufactureros como el desarrollo correlativo de una pluralidad de «espacios productivos con (mayor o menor) capacidad de autorreproducción» (Prato, Biella, etc.) empeñados en encontrar —con frecuencia sin percatarse completamente de ello— su propio camino en la trama de las fórmulas productivas posibles y de los modelos de consumo; por otro lado, suponía desviar la atención de los estudios desde la perspectiva sectorial hacia la territorial, a la vez que abrir la vía a la dialéctica global-local, tan renombrada hoy pero entonces bastante inusitada y, a decir verdad, casi inconcebible.

LA EVOLUCIÓN SIMULTÁNEA DE LA COMUNIDAD Y DE SU TEJIDO PRODUCTIVO ↓

La idea central de nuestro trabajo era, pues, en pocas palabras, la de una evolución sincrónica entre la sociedad urbana y su correspondiente aparato productivo (1). La primera, obviamente, no se circunscribía a la comunidad administrativa pratense en senti-

do estricto, sino a un complejo cada vez más amplio de colectividades y territorios colindantes. Y, análogamente, a una serie de «colonias productivas», algunas muy próximas (por ej., parte del Mugello) y otras más distantes (por ej., la del Casentino).

La estrecha combinación de fenómenos socioculturales y económicos que caracterizaba aquel proceso suscitaba numerosas dificultades al economista que llevábamos dentro, tan habituados como estábamos a distinguir claramente los aspectos económicos —relativamente fáciles de describir y a menudo, directa o indirectamente, mensurables— de los socioculturales, los cuales, por diversas razones que no viene al caso tratar aquí, se hallan frecuentemente envueltos en una especie de neblina semántica. La continua alteración del contexto sociocultural en que se desenvolvía el proceso económico, factor perturbador reprimido por el economista convencional con su hipótesis del *coeteris paribus*, irrumpía nuevamente en escena, incluso como *feed back* del cambio económico analizado.

La metamorfosis —esquemmatizando un poco— de la Prato de los trapos en la Prato de la moda, según pudimos deducir, no cabe entenderla aislando el crecimiento y la transformación del aparato productivo —representable, más o menos fielmente, a través de algunos conocidos indicadores (por ej., el número de empresas textiles, el volumen y valor de sus exportaciones, etc.)— de los cambios acaecidos en la sociedad pratense en su conjunto; cambios que hacen referencia no sólo a rasgos cuantificables (por ej., el número de habitantes, la composición de la población por edades, el origen regional, etc.), sino también a múltiples variables e interconexiones de carácter ineludiblemente cualitativo (por ej., la conversión del trabajador asalariado en pequeño empresario), difícilmente, o en absoluto, estimables mediante datos cuantitativos.

Observando Prato, insistimos, llegamos a la convicción de que, en aras de comprender plenamente un proceso de desarrollo industrial de esa naturaleza, el estudio de las transformaciones del tejido productivo en sí mismo, aun sin ir «acompañado» de un cuidadoso examen de sus efectos sobre la vida cotidiana de la comunidad —como normalmente hace el economista «abierto y sensible»— nos habría llevado a buen puerto, porque: a) el nexo entre los ámbitos económico-productivo y sociocultural locales era esencialmente multiforme (por ej. ¿era la presión sindical la que, haciendo más rígidas las relaciones internas, empujaba a las empresas a descentralizarse o eran las propias empresas las que buscaban un sistema organizativo más acorde con un mercado cambiante?) a causa de un cúmulo de factores demasiado amplio para ser plasmado en un modelo por los economistas; de ahí la permanente necesidad de contemplar «de forma simultánea y en mo-

vimiento», junto con los problemas que suelen acarrear, las denominadas —en el lenguaje marxista tradicional— estructura y superestructura; b) el conjunto de tendencias psicológicas que ponía en contacto ambas esferas, la económico-productiva y la sociocultural (por ej., el espíritu empresarial, los gustos, las diferentes sensibilidades estéticas y los «valores» predominantes en un grupo humano dado), hundía claramente sus raíces en el lejano pasado.

De ello se deriva, pues, el imprescindible carácter multidisciplinar (y la tendencial vocación de interdisciplinariedad) que habría de revestir el estudio de mutaciones sociales como las acontecidas en la Prato de la posguerra, así como el papel decisivo que en dicha labor debería desempeñar un análisis histórico —«en profundidad», por así decirlo— que, merced a hipótesis razonables, fuese capaz de trascender incluso aquellos vínculos indiscutiblemente contrastables, los cuales siempre constituyen, no lo olvidemos, una minúscula parte (y sesgada hacia la interpretación hegemónica) de los fenómenos realmente significativos.

DENTRO DE LA CAJA NEGRA †

El conjunto de hechos acaecidos en los terrenos económico-productivo y sociocultural, que asumimos como objeto de estudio, se nos presentaba de diferente manera de un lugar a otro (así ocurría, por ejemplo, en el caso de Prato con respecto al Casentino) y de un período a otro (entre las dos etapas de veinte años consideradas). Si el debate se hubiese detenido aquí, en torno a la singularidad y especificidad de los vínculos existentes, no habría sido posible realizar generalización «teórica» alguna. El estudio de Prato en la posguerra habría quedado relegado, así, a la mera reconstrucción historiográfica de un proceso de industrialización textil, impidiendo cualquier avance en la comprensión global del fenómeno industrial.

Afortunadamente no sucedió tal cosa; en otras palabras, no conformes con la solución «fácil», entramos en la maraña de los acontecimientos intentando reagrupar y distinguir los diversos procesos con arreglo a las fuerzas que presumiblemente los gobernaban. Así, por ejemplo, había fenómenos que respondían en mayor medida a las leyes de la racionalidad económica (por ej. las disposiciones de la banca a la hora de conceder préstamos) y otros que obedecían mayormente a motivaciones más complejas (por ej. las decisiones del empresario padre de familia), quizá «impregnadas» de tradición local (por ej. el plus de aversión al trabajo asalariado observable en Prato en comparación con otras colectividades territoriales).

La interpretación del desarrollo pratense resultante de todo ello discurre, por así decirlo, en un triple fren-

te: a) el continuo tránsito entre las situaciones laborales más diversas: trabajo dependiente, empleo autónomo, pequeño empresariado y las diferentes formas de empresa (empresa individual, sociedad de responsabilidad limitada, sociedad anónima, grupo de empresas, compañía «translocal», etc.); b) la creciente articulación de la cadena típica de actividades productivas, con sus episodios de desintegración (por ej., la separación de la urdimbre respecto de la tejedura, la especialización del transporte, etc.) y de reintegración (por ej. la reunificación de fases en el acabado), dentro de un contexto de coordinación y apertura al mercado exterior afianzado por la fábrica de lanas y/o el *impanatore*; c) la adaptación de las instituciones locales —a veces de manera anticipada, otras a renglón seguido— a las mutaciones asociadas a las circunstancias recogidas en los epígrafes a) y b). Alrededor de esos tres procesos, que se entrecruzan y condicionan mutuamente, se consolida el desarrollo de la comunidad, y con ella el del aparato productivo.

LA PROGRESIVA ARTICULACIÓN DE LA COMUNIDAD PRODUCTIVA PRATENSE †

La piedra angular del sistema local pratense, como la de todo distrito industrial, reside en la progresiva articulación, territorialmente «autocontenida» (con las matizaciones que se expondrán más adelante), de la línea troncal de actividades productivas (la fabricación textil y los sectores conexos) en fases y subfases crecientemente especializadas.

Un proceso de articulación, debemos advertir, que, en lugar de verificarse mediante un aumento de secciones en el seno de una empresa cada vez más grande y compleja, se manifiesta a través de la proliferación de firmas relativamente autónomas en un creciente número de «colectivos» vinculados a fases y subfases determinadas (hilanderos, tejedores, urdidores, etc.); cada uno de ellos, compuesto por una nutrida agrupación de pequeñas y medianas empresas. La trascendencia de dicho proceso resulta mayormente comprensible si se tiene en cuenta que el mismo: a) estimula la sociedad local, al permitir, por ejemplo, un amplio aprovechamiento de los ratos de ocio; b) tiende a seguir la marcha general de la cultura (por ej., el desplazamiento del grueso de la producción textil pratense hacia los tejidos «fantasía», o la introducción del nailon), con objeto de defender su propio nicho de mercado externo.

No obstante, la existencia de tal abundancia de agentes independientes no es posible entenderla al margen de la simultánea proliferación de un singular personaje: el *impanatore* (el «integrador versátil»); un agente instalado en el cambio permanente y que debe sus ingresos a su capacidad de anticipar las

tendencias del mercado y a su eficaz labor de coordinación de los procesos de fase.

Esa, cuando menos, bifronte profusión justifica el aumento persistente de la productividad del trabajo en un ambiente que —en su afán de adaptación a las exigencias de un mercado altamente mutable— aunque a primera vista parece proclive a la incesante destrucción de legados de profesionalidad específica, lo que en realidad hace —según hemos llegado a comprender— es mantener, en medio de una constante transformación de las habilidades punteras, trayectorias ininterumpidas de profesionalidad (por ej. la cultura del cardado) y de ética comercial (por ej. la asunción de la palabra dada como una forma contractual) típicas del distrito.

Dicho de otro modo, la denominada «atmósfera industrial» del sistema local, con su dimensión ética, además de técnica, puede atravesar, relativamente intacta, por las más diversas situaciones. De lo contrario, es obvio que la misma, contemplada como fuente de renta, podría alejar al distrito de la frontera de la competitividad.

Uno de los aspectos menos investigados hasta ahora es el ritmo que comparativamente presenta la introducción de innovaciones tecnológicas —de producto, de proceso y organizativa— en el distrito y en la gran empresa «translocal». Los «prejuicios» del economista corriente atribuyen una mayor rapidez al proceso innovador en el ámbito de la gran firma, merced a ingredientes como el capital, la ciencia y la propensión a la innovación; con todo, no son pocos los estudios empíricos que ponen en duda dicha opinión, a pesar de la influencia y el prestigio que la sustentan.

Otro aspecto poco explorado es la expansión del proceso productivo típico del distrito fuera de su lugar de origen, en su intento de afianzarse. Se ha pretendido ver en la externalización y en la internacionalización de parte del mencionado proceso una trampa mortal para el sistema local. Sin embargo, conviene tener en cuenta la otra cara de la moneda: así, si bien es cierto que tales fenómenos restan complejidad al distrito, arrancándole algunas fases — y, por ende, obstaculizando, de algún modo, su renovación—, también es verdad que tanto el aumento en el volumen de negocio como el reforzamiento de los valores examinados, resultantes, permiten una más refinada división del trabajo en aquellas fases que permanecen en el área.

Por otro lado, dicho desplazamiento —que implica una activación del entorno circundante a cargo de un colectivo de pequeñas empresas, habitualmente consideradas a remolque de las grandes— también representa un elemento de refuerzo para el distrito al promover la creación de «colonias», por así decirlo,

a su imagen y semejanza. ¡Quizá sea éste, y no otro, el aspecto que merece una mayor atención!

No obstante, la cuestión que nos interesa tratar aquí es de índole más general: el conjunto de empresas locales es contemplado normalmente por el economista conforme a valores medios inherentes a formas estereotipadas que, en un espacio productivo tan variopinto y fuertemente dinámico como el distrito industrial, no tienen demasiada significación. El distrito constituye, en efecto, un ambiente repleto de discontinuidades, donde los datos estadísticos —que pretenden reflejar situaciones ampliamente comparables en el tiempo— en realidad adolecen de una precaria representatividad.

Así, por ejemplo, ¿qué relevancia muestran las series históricas de las exportaciones prateses, cuando su contenido cualitativo ha cambiado radicalmente entre los años cincuenta y noventa? Sirven justo para ofrecernos una vaga impresión —paradójicamente, tratándose de números— del ritmo general de crecimiento del sistema Prato. De hecho, ningún argumento serio puede fundarse en cifras ora referidas a mantas para las acémilas, ora a tejidos para la alta moda.

Otro tanto podría decirse respecto a la evolución de la dimensión empresarial media o del porcentaje de empresas que rebasan un determinado volumen de plantilla. El número total de unidades productivas dedicadas a cada fase es ciertamente importante, como también lo es su cifra media de trabajadores; pero es su calidad la que resulta decisiva: si proliferan firmas corrientes, repetitivas, capaces tan sólo de competir vía precios en productos concretos, el distrito, aun cuando transitoriamente pueda ver ampliadas sus ventas, perderá progresivamente su adaptabilidad a un contexto mundial esencialmente mutable. Muy distinta es la conclusión, en cambio, cuando son empresas creativas las que se mueven dentro de los límites del «cúmulo de necesidades» satisfecho por el distrito y/o de su patrimonio tecnológico consolidado.

En resumen, es indudable que el momento y la forma en que se verifica cualquier salto cualitativo (por ej., el recambio generacional) condicionan (y se hallan condicionados por) todos los demás procesos. El estudio de la amalgama de factores que da lugar a tales saltos cualitativos sobrepasa las posibilidades del análisis económico en su estado actual; no obstante, no habiendo ninguna razón para descartar *a priori* la presencia de regularidades definibles —y a veces mensurables— en muchos de los procesos mencionados, plantear dicho estudio en aras de establecer algunos rasgos generales no sólo resulta viable, sino también conveniente. Por ejemplo, la decisión de trabajar por cuenta propia, o el tránsito de una forma de empresa como la firma individual a

otras como la sociedad limitada o la sociedad anónima —por ceñirnos a tres variantes de entre las muchas posibles— probablemente no son circunstancias independientes de la edad, el estado civil (soltero o casado) o el origen social (obrero, campesino, técnico,...) —entre otros aspectos— del protagonista.

De ello se infiere, a nuestro entender, que todo intento de explicación satisfactoria de esa trama polícroma de relaciones debe incumbir de manera conjunta, coordinando hábilmente sus métodos e instrumentos, a diferentes disciplinas sociales: desde la demografía hasta la psicología social, desde la sociología hasta la economía. Podemos vaticinar aquí un futuro basado en grupos de investigación multidisciplinarios, cuando no de una ciencia social que parecería reunificarse a fin de estudiar el cambio «delimitado a escala local».

EL DEVENIR DE LA COLECTIVIDAD LOCAL ↓

Hemos hecho alusión hasta ahora a una serie de procesos que tienen lugar sin que los agentes socio-económicos locales posean una clara percepción de sus causas y elementos condicionantes. Los individuos actúan considerando determinadas metas, sin ser plenamente conscientes de la índole de los problemas que han de afrontar ni de su propia capacidad para superarlos. En términos generales, como se aprecia claramente en el caso de Prato, tales sujetos aspiran a establecerse por su cuenta y se limitan a esperar una conjunción de circunstancias que, a su juicio, les brinde esa oportunidad.

Sin embargo, para comprender bien dichos procesos resulta necesario, ante todo, recrear, *grosso modo*, la génesis de la mentalidad dominante en toda colectividad (la desmedida imaginación del *pratenese* típico, en concreto, nosotros tendemos a interpretarla como una reacción defensiva ante la prolongada marginación de Prato dentro del Estado florentino) y la formación del sistema institucional local. Un sistema que puede, con arreglo a su naturaleza, favorecer u obstaculizar las mutaciones inducidas por el ambiente externo y a la vez contenidas en lo que podríamos llamar el ADN de la comunidad.

En este sentido, el análisis debe proyectarse hacia el pasado, remoto incluso, con objeto de llegar a identificar los hilos que han conducido a la trama contemporánea. No se trata, pues, de ofrecer una historia meramente descriptiva, sino una historia dotada de una sólida estructura lógica, orientada a responder a los interrogantes que el mundo actual —y no sólo el ámbito académico— se plantea.

El punto de apoyo de estas investigaciones ha de ser el indispensable nivel de correspondencia entre va-

lores, instituciones y requerimientos de producción y materialización de excedente comercializable, que permita la reproducción y expansión del sistema local. Unas instituciones en las cuales los valores se manifiestan sólo transitoriamente, debiendo presentar la suficiente consistencia como para poder canalizar la herencia histórica de un lugar hacia la satisfacción de algunas áreas de necesidades observadas a lo largo y ancho del mundo.

Un aspecto no menos importante que los anteriores es lo que alternativamente podríamos denominar la construcción de la «cohesión social», o bien, desde un enfoque pesimista, el «equilibrio de la coacción». Es bien sabido que el gran problema de la empresa capitalista, especialmente la productora de artículos de calidad, diferenciados y personalizados, consiste en lograr la identificación de los trabajadores y proveedores con los objetivos de la empresa.

La lealtad y seriedad realmente mostradas por tales agentes constituyen la primera garantía de la buena relación de la empresa con el cliente. Siempre es posible obtener alguna mejora mediante un control atento de cada operación del proceso productivo, pero si el empleado o el abastecedor no se identifican con los proyectos de la empresa, hasta —digámoslo así— sentirlos como propios, el riesgo para esta última de toparse con sorpresas desagradables resulta elevado. El buen nombre de la empresa, y por consiguiente su rentabilidad, se hallan, por expresar lo de algún modo, prisioneros de los más inescrutables estados de ánimo de sus colaboradores.

Cuando los agentes participantes en el proceso productivo, cualquiera que sea su posición en el organigrama de la firma (dirigentes, asalariados, subcontratistas, etc.), se sienten tan sólo peones de un juego global, diseñado por inaccesibles cúpulas empresariales, el mencionado problema no tiene solución. Con este fin, se han puesto en práctica muy diversos métodos (*profit sharing*, *human relations*, *job rotation*, *job enrichment*, *stock options*, etc.), pero ninguno de ellos ha alcanzado un éxito significativo. Se trata de soluciones que, evitando cuidadosamente cualquier interferencia con los derechos de propiedad, es decir, dejando todo el poder a quien efectivamente ya lo detenta, no han conseguido convencer plenamente ni a trabajadores ni a proveedores. Así lo demuestran, por ejemplo, los innumerables episodios de competencia desleal protagonizados por individuos a punto de abandonar una empresa.

El distrito industrial, complejo inseparable de empresas, asociaciones y gobierno local, proporciona, dentro de ciertos límites, una solución a tales inconvenientes. De hecho, en su interior, todas las categorías disponen de un cierto poder: las empresas «finales», obviamente; las empresas de fase, por me-

dio de sus asociaciones; los trabajadores a través de la acción sindical, aunque también, y en mayor medida, mediante el control que ejercen, con su voto al gobierno local, sobre el «capital social» de la comunidad.

Se establece así un «equilibrio —digamos— de amenazas», donde nadie se ve enteramente en manos del otro y donde para todos tiene sentido plantearse los problemas de los diferentes miembros del sistema local con los que se mantienen vínculos comerciales sistemáticos, como si de alguna forma también fuesen propios. Éste es el fondo sobre el que se proyectan, para su posible entendimiento, ciertas expresiones típicas del mundo laboral pratese de la posguerra (por ej., la locución «nuestra industria»), de otro modo incomprensibles.

Si el conjunto de las diversas categorías clave del área se siente identificado, consciente o inconscientemente, con el esquema interpretativo correcto del distrito industrial y de su particular inserción en las relaciones de orden superior, y actúa en consecuencia, el sistema local, Prato en nuestro caso, con-

tará con la máxima probabilidad de reproducirse, incluso en presencia de un ambiente externo altamente variable y aleatorio.

De tal afirmación se desprenden directamente dos conclusiones: la necesidad de estudiar en profundidad los mecanismos de funcionamiento del distrito y la conveniencia de poner en marcha un plan de desarrollo local en torno al cual estimular el consenso entre los grupos sociales decisivos en la zona.

(*) Traducción de Juan José Juste Carrión, Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de Valladolid. Agradecemos a Giacomo Becattini y al servicio de publicaciones de la Universidad de Valladolid su amabilidad por permitirnos utilizar este texto, correspondiente a la introducción del autor a la versión española del libro «Il bruco e la farfalla», editadas en septiembre de 2005 por el citado servicio de publicaciones bajo el título «La oruga y la mariposa». Un caso ejemplar de desarrollo en la Italia de los distritos industriales: Prato (1954-1993).

NOTAS ↴

[1] Cfr. G. Becattini, *Una storia nel suo farsi*, 1997.